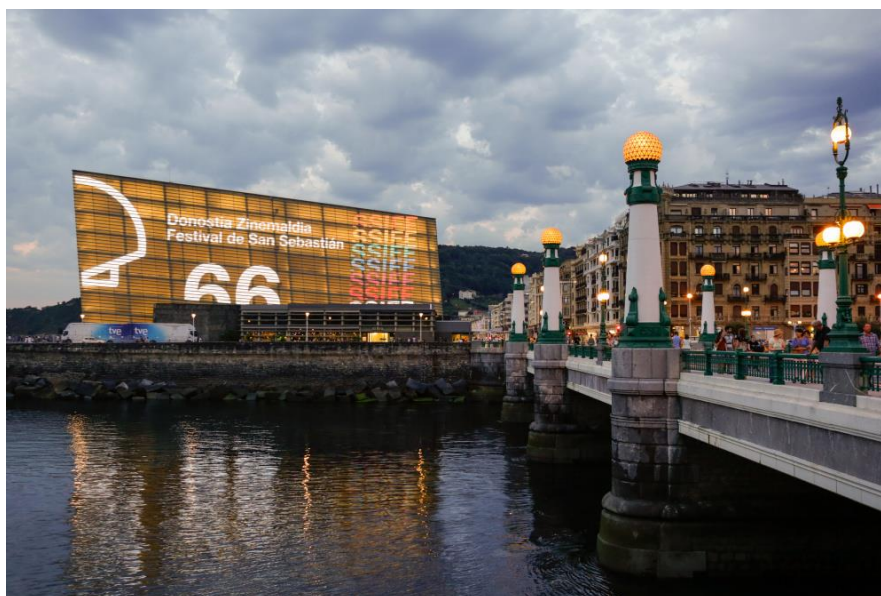


66 FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE SAN SEBASTIÁN. UNA INMENSA OFERTA Y UNA NUEVA IMAGEN



CORO RUBIO POBES (UPV/EHU)
Enviada especial

Sobre la distancia “entre lo que esperas de la vida y lo que te encuentras”. Es de lo que habla la película ganadora de la 66 edición del Festival Internacional de Cine de San Sebastián, *Entre dos aguas*, según su director y guionista Isaki Lacuesta, que ha logrado con ella su segunda Concha de Oro. Un fresco sobre la vida de dos hermanos gitanos de la Isla de San Fernando y las dificultades que hallan para salir adelante en un contexto de pobreza y marginalidad (“aquí es lo que hay, droga, muerte o cárcel”) y con unas inercias culturales (la falta de formación, la pulsión por “el disfrute”...) que dificultan algo tan básico como lograr “un trabajo y que te traten bien”, como pide Isra, el protagonista. Y luego están los sueños, los de la infancia –a la que nos transportan a través de breves y contados flashbacks– y los de la vida adulta. La



distancia la simboliza ese barro negro y denso en el que Isra hunde sus pies y brazos para mariscar. Un film hiperrealista de ficción pero que parece casi un documental, cuyos intérpretes no son actores profesionales –aunque el protagonista lo parezca– sino dos hermanos reales, Israel y Cheíto Gómez, a los que Lacuesta ha seguido desde la infancia, todo para poner al espectador en contacto con la vida cotidiana de esta gente, asomarlo a su realidad. Lo había hecho ya en *La leyenda del tiempo* (2006) y ahora continúa su historia en esta película que puede verse de forma totalmente autónoma. Ha gustado a crítica y público, y se ha llevado la Concha de Oro, “por unanimidad total”, de un jurado internacional presidido por el director y guionista británico Alexander Paine –licenciado, por cierto, en Historia latinoamericana por la Universidad de Stanford–. El jurado ha justificado el premio señalando que la película “invita al espectador a experimentar, de manera íntima y sumamente verosímil, la vida y el mundo del protagonista, logrando así un compasivo retrato social”. Invita y lo consigue. Un film recomendable.

Esta edición del festival confió su inauguración a una comedia argentina fuera de concurso, *El amor menos pensado*, dirigida por Juan Vera y protagonizada por el gran Ricardo Darín, premio Donostia 2017, y por Mercedes Morán, una actriz célebre en su país que algunos reconocerán por su



participación en *Diarios de motocicleta*. La película explora las relaciones de pareja a través de la historia de un matrimonio que se separa tras veinticinco años de casados, la emancipación de su único hijo, y la angustia existencial que les asalta al llegar a los cincuenta, ilustrada al comienzo del film con una magnífica cita de Herman Melville en



Moby Dick sobre los *noviembres* de la vida. Buenas interpretaciones y mucha diversión en una película muy argentina que nos ha ofrecido un succulento aperitivo como preludeo al festín de los frenéticos pero maravillosos nueve días que dura el festival.

La imagen del certamen ha sido renovada. Nueva denominación: *San Sebastian International Film Festival*, SSIFF. Todo un acierto. Nuevo logo: la abstracción *minimal* de la forma de una concha marina. Y nuevo galardón: un pedestal con dicha forma, que evita el inconveniente del reiterado resbalón de su caja de la antigua Concha en el momento de ser entregada, pero al que le falta atractivo. Con este nuevo ropaje, el festival ha vuelto a lograr una edición exitosa, comenzando por el llenazo de los cines, gracias a la entrega entusiasta de un público que soporta larguísimas colas para ver tanto películas más comerciales como otras que muy difícilmente llegarán a las salas. Público que también sostiene una

alfombra roja por la que han desfilado estrellas internacionales como Judy Dench y Danny De Vito, ambos premios Donostia 2018, Ricardo Darín, Juliette Binoche, Ryan Gosling, Chris Hemsworth, o Bradley Cooper. El director japonés Hirozaku Kore-eda, ganador de la última Palma de Oro en Cannes por su película *Un asunto de familia*, ha recibido el tercer Premio Donostia entregado en esta edición.

La Sección Oficial ha estado formada por un total de veintidós films, incluyendo tres películas fuera de competición y dos proyecciones especiales, en los que se ha hablado mucho de violencia, corrupción, identidad, y relaciones materno/paterno filiales. Entre los films que han compuesto esta sección, uno de los de mayor interés historiográfico ha sido *Rojo*, del joven director argentino Benjamín Naishtat, que se ha llevado tres de los grandes premios: Concha de Plata al mejor director, mejor actor – Darío Grandinetti– y mejor fotografía –Pedro Sotero–. Una ciudad de provincias en la Argentina de 1975, una casa cerrada de la que van saliendo diferentes personas llevándose enseres domésticos, y una violenta escena en un restaurante. Así comienza esta magnífica película que indaga en el clima social que precedió al establecimiento de las dictaduras militares argentinas y en la complicidad de la sociedad civil. No se había abordado antes de tal forma en el cine argentino esa etapa tan negra de la historia del país.



El film está ambientado en el ocaso del régimen peronista, en el año en que la presidenta Isabel Martínez de Perón firmó los “decretos de aniquilamiento” con el fin de neutralizar a los *elementos subversivos* de la sociedad y tratar de mantener las riendas del poder que había asumido tras la muerte de su marido Juan Domingo Perón. Fue un año de extrema violencia, en el que se organizó el golpe de Estado de marzo de 1976, y en el que se ensayaron las prácticas represivas que luego generalizaría la dictadura militar: detenciones clandestinas, secuestros, interrogatorios bajo tortura, desapariciones..., algo de lo que habla muy elocuentemente esa poderosa imagen de la casa expoliada en la escena inicial de la película. Y esa violencia recorre todo el film, que recrea a la perfección la atmósfera de miedo, tensión, silencios, y degradación moral de una sociedad civil que susurraba, miraba hacia otro lado, no preguntaba, y empleaba un lenguaje eufemístico que escondía la realidad.

Darío Grandinetti borda su papel, encarnando a un acomodado médico capaz de ejercer la más fría violencia en un momento dado. Y también lo hace Alfredo Castro, un personaje secundario de gran fuerza que investiga una desaparición aparentemente no política y que sirve en el film para contextualizar el caso argentino en el más amplio de

las dictaduras del cono Sur (afirma haber pertenecido a la policía de Santiago de Chile). Es una película política, con intencionalidad política, que invita a la reflexión, sobre el pasado y sobre el presente. Al recoger el premio al mejor actor, Grandinetti ha explicado que *Rojo* es una “síntesis de lo que debe ser el trabajo de recuperar o refrescar memorias, según sea el caso” y que la película “puede advertir sobre cualquier cosa que se puede preparar sobre todo en estos momentos en que la derecha y el fascismo han vuelto a crecer en el mundo”.

La violencia también es protagonista de la película que ha merecido el segundo premio más importante del festival, el Premio Especial del Jurado, otorgado “por su uso del lenguaje cinematográfico policiaco para expresar tanto un humanismo profundo como un urgente punto de vista político que se extiende mucho más allá de la pantalla”: *Alpha. The Right to Kill*, dirigida por Brillante Mendoza. Esta cinta filipina, rodada casi como un documental periodístico, aborda el tema de la guerra al narcotráfico desatada recientemente por el gobierno de Rodrigo Duterte, y centra la historia en un policía despiadado y corrupto, que afirma luchar para servir a su país, y en un mísero camello y confidente de la policía. Con una banda sonora impactante, un uso del color que contribuye a la atmósfera de agresividad del film, rodada cámara al hombro, en tagalo e inglés, y situada la acción en una Manila sucia y pobre que Mendoza ha retratado ya en anteriores películas, *Alpha* tiene un tratamiento en mi opinión más aséptico que crítico del tema que aborda, casi de notario. Aunque el jurado y la crítica lo han entendido como un film denuncia, confieso que a mí me ha despistado, y que no parece que pueda incomodar a quienes defienden en su país el tipo de guerra al narcotráfico que se está desarrollando: el propio Duterte alertó en su campaña electoral de 2016 sobre la complicidad de algunos oficiales de policía en el tráfico de drogas, de manera que la inclusión de esta cuestión no convierte necesariamente al film en una película crítica con el gobierno; como tampoco, en mi opinión, el registro que hace de la violación de los derechos humanos en las expeditivas operaciones policiales y que corre en paralelo a la glorificación heroica de la policía que igualmente refleja. Solo la empatía que te hace sentir por el mísero camello altera esa asepsia. Interesante.

Han sido cuatro los films asiáticos a competición presentados en la Sección Oficial. Junto al filipino ya mencionado, se ha exhibido también la producción surcoreana *Illang. The Wolf Brigade*, dirigida por *Kim Jee-woon*, cine de acción oriental con referencias a un clásico del *anime* japonés, *Jin Roh*, que sitúa la acción en 2029 en una Corea unificada, y que ha pasado desapercibida. No tanto la china *Bao Bei Er (Baby)*, de Liu Jie. Aborda el tema de los niños con discapacidad que crecen en casas de acogida en China hasta su mayoría de edad, y el dilema sobre el derecho o no de los padres a decidir sobre la muerte de un hijo gravemente enfermo. Lo hace a través de la historia de una joven de esas casas de acogida empeñada en salvar a un bebé que padece el mismo síndrome incompatible con la vida que tuvo ella y al que quiere dejar morir el padre. No se trata de una película crítica con el Estado y los servicios sociales chinos, como han sido (sutilmente) otras presentadas en anteriores festivales –de hecho, ha pasado sin problemas la censura que somete a todo film el gobierno de este país– sino una invitación a la reflexión sobre el mencionado dilema. En rueda de prensa, el director explicó que rodó sin guión, solo con un borrador de cinco páginas, dejando que los actores decidieran qué decir, y haciendo siete u ocho finales diferentes para que ellos eligieran uno. La oferta de cine oriental en la Sección Oficial la ha completado la película japonesa *Vision*, de Naomi Kawase, protagonizada por Juliette Binoche, la mirada melancólica del cine, en el papel de una mujer francesa que viaja a Japón

buscando una planta muy especial capaz de acabar con la debilidad humana y el dolor, y que solo cada mil años suelta sus esporas. Una película delicada, filosófica y poética, muy oriental en este sentido, con preciosas imágenes de un espectacular bosque húmedo japonés que se tiñe progresivamente de rojo; un film que habla de la vida y la muerte, del amor y de la soledad, y de las fronteras infranqueables entre los seres humanos.



Fotograma de *Vision*

Juliette Binoche ha hecho doblete, pues es también intérprete, junto a Robert Pattinson, de la película de ciencia ficción *High Life*, de la directora y guionista francesa Claire Denis, que fue en los años ochenta asistente de dirección de Wim Wenders y que también trabajó con Binoche en *Un sol interior*, presentada en Cannes en 2017. La selección de *High Life* para competir en el festival fue aplaudida por la crítica, de manera que las expectativas sobre la película eran altas: y al parecer no las ha defraudado (las de la crítica experta). Un grupo de condenados a muerte son seleccionados para formar parte de un experimento científico en el espacio, que no queda claro si consiste en engendrar una vida o en introducirse en un agujero negro para captar su energía –en un momento del film se explica que ese es el objetivo de la nave–. Solo sobrevive uno de ellos, que ha de ocuparse del único bebé que ha resultado del experimento y del que es el padre. Mucha violencia, sexo que también es violencia, sin apenas diálogos, y una atmósfera claustrofóbica y tensa para un film en mi opinión un tanto pretencioso, pero sobre el que se ha dicho que invita a la reflexión sobre múltiples cuestiones, y que se ha llevado el Premio Fipresci. Otra de las apuestas fuertes del festival, cuya selección a competición fue igualmente aplaudida por la crítica, ha sido *In Fabric*, del director y guionista británico Peter Strickland. Plagado de referencias al cine de serie B y al cine *giallo* (un subgénero italiano de los años setenta derivado del thriller y el cine de terror), con partes que son auténtico video arte, *In Fabric* se sirve de una historia en torno a un vestido maldito de color rojo “arteria” y de la excusa de lanzar una crítica al consumismo, las relaciones jerárquicas laborales y la tiranía de los estándares de belleza, para construir un espectáculo visual muy personal que es puro cine de autor. Original. Y la antítesis de una película comercial, aunque tenga su público.

Sí llenará las salas *Juli* de Icíar Bollaín, una película de gran belleza que, aunque no se ha llevado ningún premio, recogió sostenidos aplausos en el pase de público y prensa. La fotografía del film es uno de sus grandes valores, pues ha sabido captar la luz de La Habana, su maravillosa arquitectura colonial, su atmósfera de los años cincuenta sostenida en el tiempo, sus barrios populares y el esplendor de su Gran Teatro (fulgurante tras la remodelación y reapertura en 2016). Cuenta la historia real del bailarín cubano Carlos Acosta, el primer Romeo negro del Royal Ballet de Londres, desde su infancia hasta su triunfo internacional, poniendo el acento en la relación que

mantuvo con su padre, cuya tenacidad determinó que dedicara su vida al ballet a pesar de no tener vocación. La película es una síntesis espectacular de dos Artes, el Cine y la Danza, pues está salpicada de poderosas representaciones coreográficas que actúan de correlato bailado. La historia de Cuba sirve de telón de fondo, con



referencias a los ingenios azucareros y la esclavitud, a las Guerras Bananeras y al general Smedley Butler, a la lucha revolucionaria de los años cincuenta, a Bahía de Cochinos, al embargo, a los marielitos... E incluye una melancólica alusión al sueño frustrado de la revolución simbolizado en esas ruinas del Centro de Artes que quiso construir el Ché y cuya edificación se paró en 1965. Buenas interpretaciones (incluida la del propio Carlos Acosta) y un excelente guión del escocés Paul Laverty, el guionista habitual de las películas de Ken Loach, terminan de redondear el film. Se ha llevado el premio al mejor guión, *ex aequo* con otra película muy diferente, *L'homme fidèle* de Louis Garrel. Al recoger el premio, Laverty denunció los 58 años del embargo de Estados Unidos a Cuba con palabras durísimas (ha sido la ceremonia de clausura más política de los últimos años). En cuanto a *L'homme fidèle*, en la que Garrel es también director y actor principal, se trata de una discreta comedia francesa sobre triángulos amorosos al servicio del lucimiento de Laetitia Casta, la actriz principal.

Entre el cine español a competición ha brillado *El Reino*, de Rodrigo Sorogoyen, que se enfrenta de manera descarnada y espíritu combativo al tema de la corrupción en la vida política de la España actual. Rodada con ritmo de thriller, incluyendo una espectacular escena de persecución automovilística, la película atrapa ya desde su arranque, desde ese exultante banquete de los cuadros autonómicos de un partido que no se nombra, pero enseguida se identifica, chulescos, vulgares, confiados, que se creen todopoderosos, que chupan las cabezas de los camarones de la misma forma que el erario público. Gomina, regalos, trajes perfectamente cortados, yates, fiestas, esposas comparsa, secretos, mordidas a subvenciones europeas, recalificación de terrenos y especulación inmobiliaria, cuentas en Suiza... y grabaciones que llegan a los medios de comunicación, lealtades exigidas, presiones, chantaje, traiciones, aparición de escrúpulos morales hasta el momento inexistentes, toma de distancia de la cúpula del

partido, dobles discursos, hombres en la sombra con capacidad de mover jueces,... Nada que no haya sido y sea el pan nuestro de cada día en los telediarios. También da un repaso (contenido) a los medios de comunicación que sacan tajada con los escándalos, y a alguna periodista estrella que igualmente se identifica con rapidez. Antonio de la Torre convence en su papel protagonista, encarnado al vicesecretario del partido, que al ser sacrificado para esconder la trama de corrupción decide tirar de la manta. El film intenta explicar todo ese mundo que ha enfangado la política y su ensimismamiento – “somos emprendedores”; “yo no he hecho nada especial, [...] encajar en esa maquinaria que lleva engrasada desde los tiempos de mi abuelo”; “¿Por qué entrasteis en política?”, para “salir adelante, vivir bien, cuidar de mi familia...”–, y lo denuncia. No obstante, Sorogoyen ha querido dejar claro ante la prensa que “esta película no habla de los partidos sino de la gente que los puebla”. Ha sido un film aplaudido con entusiasmo por el público en su exhibición en el festival (aplausos en los que también había un ejercicio de catarsis colectiva). La presencia de cine español a competición en la Sección Oficial la ha completado *Quién te cantará*, dirigida por Carlos Vermut, que en 2014 se llevó la Concha de Oro a la mejor película y la de Plata al mejor director por *Magical Girl*. Cuenta la historia de una diva de la canción, interpretada por Najwa Nimri, que ha perdido la memoria y no se reconoce a sí misma, y del proceso de reconstrucción de su identidad ayudada por una entregada fan, que está encarnada por Eva Llorach. Buenas interpretaciones para un film que trata sobre identidad e imagen, mujeres que se vampirizan unas a otras, y destructivas relaciones materno-filiales. Todo ello con nítidos ecos almodovarianos.

La Sección Oficial ha sido una vez más muy diversa. Dos films ambientados en el siglo XVIII han formado parte de ella: *Le cahier noir* y *Angelo*. El primero, dirigido



por Valeria Sarmiento, es un folletín románticista construido en torno a la historia cruzada de un niño huérfano y su nodriza, que discurre entre Francia e Italia en los años que median entre el estallido de la Revolución francesa y la llegada de los ejércitos napoleónicos a Roma, pero que no termina de funcionar. Tiene el atractivo, eso sí, de la

cuidada ambientación de época. *Angelo* es sin embargo una película más compleja, que provoca reacciones opuestas: ha sido aplaudida y silbada a partes iguales en el pase de prensa y público. El director austriaco Markus Schleinzer ha traído con ella al festival la historia de un niño africano capturado como esclavo en el siglo XVIII y llevado a Europa para un experimento social, ser educado como un príncipe en la corte real austriaca, europeizado, *civilizado* con el fin de otorgarle *humanidad*. A partir de un caso real, la película ofrece reflexiones atemporales sobre cuestiones como la libertad, la identidad, los conceptos de civilización y barbarie, y la asimilación de lo diferente –a esa atemporalidad contribuye el contraste entre el escenario contemporáneo y el vestuario de época de las primeras y últimas escenas–. Con una estructura teatral en tres

actos, un ritmo muy lento, muchos silencios, una fotografía muy pictórica –hay fotogramas sostenidos que parecen lienzos–, un vestuario sincrético –“no creo que sea posible hacer una película histórica de forma correcta; solo puedes fracasar si intentas hacerlo. Por eso solo intento dar la impresión de una línea temporal”, explicó el director en rueda de prensa–, y la extraordinaria imagen final de un incendio, *Angelo* es una interesante película filosófica que no ha sido bien comprendida.

Representando también a la cinematografía centroeuropea ha concursado el film germano suizo *Der Unschuldige (The Innocent)*, de Simon Jaquemet. Narra la historia de una neuróloga madre de dos hijas, casada con un fundamentalista cristiano, a la que asalta el recuerdo –o reaparición, no queda claro– de una relación amorosa de su pasado que le sumerge en un conflicto con su familia y su comunidad. A través de ella, Jaquemet aborda el tema del peso del colectivo frente al individuo que ha tratado ya en anteriores films. También habla sobre el conflicto entre ciencia y fe religiosa, sobre la idea del pecado en el fundamentalismo cristiano, e incluso sobre relaciones materno-filiales. Sin apenas diálogos, imágenes oníricas (sobrecogedora la del mar negro en el que se convierte la piscina), con una atmósfera opresiva y gélida, y un final surrealista, la película desorienta.

Entre los films con temática social, se han exhibido dos dramas que exploran las relaciones entre padres e hijos: *Beautiful Boy* y *Blind Spot*. De producción estadounidense, la nueva película del director y guionista belga Felix Van Groeningen, narra los desesperados esfuerzos de un padre (interpretado por Steve Carrell) por entender y ayudar a su hijo adolescente



(Timothée Chalamet) a salir de la adicción a las drogas y el alcohol y de la deriva de autodestrucción en la que se ha sumergido. Con una minuciosa descripción del proceso circular de caída, salida, recaída en su adicción de ese encantador chaval que no parece tener ninguna razón para drogarse, el film habla sobre los límites de la comunicación



entre padres e hijos, y sobre los límites de la responsabilidad y capacidad de ayuda de aquellos. Una película con intención social, como deja claro los rótulos del final, pero con un tono y mensaje pesimista. Como drama le supera ampliamente *Blind Spot*, la auténtica sorpresa del festival. Fue la última película a concurso en ser exhibida, y nadie esperaba encontrarse este

extraordinario film que habla también sobre la incomunicación entre padres e hijos y esos rincones oscuros de la adolescencia que los padres no perciben. Rodada en un solo plano secuencia –todo un prodigio técnico–, relata el giro trágico e incomprensible que da en un instante la vida de una adolescente aparentemente feliz y responsable, con una familia que la quiere. Es una película de sentimientos, muy intensa, inteligente, que no trata de explicar nada, sino hablar sobre cómo la normalidad cotidiana puede verse abruptamente interrumpida por la tragedia sin la más mínima señal de aviso; que sumerge al espectador en una experiencia emocional intensa para llamar su atención sobre la necesidad de diálogo y comunicación en las familias. Ha sido el primer salto a la dirección de la joven actriz sueca Tuva Novotny, y se ha saldado con un rotundo éxito. Pia Tjelta, la actriz protagonista, inmensa en la interpretación de un difícilísimo, por sostenidamente intenso, papel de madre, se ha llevado muy justamente la Concha de Plata a la mejor actriz. Una película ciertamente extraordinaria.



El cierre a la Sección Oficial, y al festival, lo ha puesto *Bad Times at the El Royale*, de Drew Goddard. Un día cualquiera de 1969, un viejo hotel al pie del lago Tahoe, en la frontera entre Nevada y California, un grupo de desconocidos que se registran en él: un cura (Jeff Bridges), una corista (Cynthia Erivo), un falso agente comercial que es en realidad policía (John Ham) y una hippie (Dakota Johnson), atendidos por un esquizofrénico recepcionista (Lewis Pullman). Tras la llegada del líder de una secta (Chris Hemsworth, que cambia aquí de registro), todos empiezan a matarse entre sí. Goddard explora con este film el terreno del thriller de crímenes, inspirándose, como explicó en rueda de prensa, en el cine de Alfred Hitchcock, John Huston y Sergio Leone, y en la literatura de Agatha Christie, Dashiell Hammett o James Ellroy. El film recuerda también a Tarantino. Tal cóctel acaba dando muy buenos resultados y el entretenimiento está garantizado.

La inmensa oferta de esta edición del festival se ha repartido por sus diferentes secciones (Perlas, Zabaltegi, Horizontes Latinos, Made in Spain, New Directors, Culinary Cinema, Zinemira y Nest Film Students), ha incluido también la presentación de dos series de televisión (*Gigantes*, colada incluso en la Sección Oficial. Servidumbres de los patrocinios) y la retrospectiva ha estado dedicada a la guionista británica Muriel Box (1905-1991), de la que se han pasado 28 títulos, y cuyo trabajo es todo un filón para los estudios sobre feminismo y cine. En Perlas, la sección que reúne films inéditos en España y premiados en otros festivales o aclamados por la crítica y en la que ha causado sensación *Roma* (Alfonso Cuarón), se ha podido ver la última película de Spike Lee, *BlacKKKlansman* (*Infiltrado en el KKKlan*). Ambientada en la segunda mitad de los años sesenta, cuando la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos entró en una nueva fase legitimando el uso de la violencia, cuando se lanzó la consigna del Black Power y grupos como los Panteras Negras alimentaban sus filas con jóvenes negros de formación universitaria, la película, que refleja muy bien todo esto, narra las

peripecias del primer policía negro de Colorado Springs, que, gracias a su labia, logra infiltrarse en el Ku Klux Klan. Narración, ambientación, música –que tiene un enorme protagonismo–, interpretaciones, fotografía, todo es excelente en *BlacKKKlansman*. Incluido el relato histórico, que no es un mero fondo sino el tema en sí mismo. El retrato que Spike Lee hace del universo supremacista blanco de aquellos años (desde los líderes a las bases) es muy ilustrativo. Antológica la escena del visionado de *El nacimiento de una nación* por un grupo de miembros del KKK. Cine comprometido, que no solo es una denuncia contra el racismo, de aquellos años y de los actuales, sino un alegato directo contra Donald Trump y sus acólitos que se hace muy explícito en las escenas finales. Una maravilla.

El festival proyecta un film de cada uno de los galardonados con el Premio Donostia, y el correspondiente a Judy Dench, *Red Joan*, merece un comentario. Basada en hechos reales, cuenta la historia de la espía británica Melita Norwood –Joan Stanley en el film (Dench)– que, ya retirada, es detenida acusada de haber pasado en los años cuarenta información sobre el programa nuclear británico a los soviéticos.



Retrocediendo a 1938, el film explica cómo en sus años de estudiante en Cambridge (Sophie Cookson realiza una estupenda interpretación de Stanley joven) se fue acercando a círculos comunistas, cómo ya graduada en Física fue reclutada para dicho programa nuclear (interesante retrato del papel de la mujer en la ciencia, sometida al machismo imperante), y cómo acabó convirtiéndose en una espía. La reconstrucción de la época y el recorrido histórico por aquellos años (que incluye algunas imágenes documentales reales) son los alicientes de esta película edulcorada de espías en la que la Sra. Stanley, lejos de resultar una *roja* traidora a la patria, deviene en activista de la paz mundial sirviendo al empate atómico. Interesante para ilustrar los recelos nucleares de aquellos años entre las antiguas potencias aliadas y el despegue de la carrera nuclear.

La clausura del certamen la ha puesto un film taquillero, *Ha nacido una estrella*, un nuevo remake del clásico de 1937 con Bradley Cooper y Lady Gaga. La oferta de esta 66 edición del festival ha sido nuevamente inmensa, y su director, José Luis Rebordinos, ha confesado que están al límite de lo gestionable y que barajan reducir las películas fuera de concurso, aumentar los pases para acreditados de prensa (ha habido problemas con las localidades) y reducir la venta de entradas al público –que han superado las 174.000– aunque ello signifique reducir ingresos. Van a reflexionar sobre un redimensionamiento del festival a futuro. De cualquier forma, seguro que en la edición del próximo año muchos de los acreditados de prensa volveremos a vivir el dilema sobre cómo combinar Sección Oficial y alguna película de otras propuestas, el estrés de correr de una sala a otra, el cansancio acumulado, y la mezcla de tristeza y alivio cuando se acaba tan intensa experiencia. La magia del cine.